



www.loqueleo.com/uy

© 2022, Marcos Vázquez

© De esta edición:

2022, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-329-4

Depósito legal: xxxxxx

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: abril de 2022

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Imagen de cubierta: Matías Vázquez

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

**MURIÓ
POR TU
CULPA**

MARCOS VÁZQUEZ

loqueleq

Para la Chiqui.

*Por todos estos años de lecturas apasionadas,
por cada consejo para mejorar las historias,
y por el cariño, que me ha hecho sentir como un hijo.*

La profesora Ximena González salió molesta de la carpa de Mariana y se dirigió deprisa hacia la siguiente. Hubiera preferido quedarse a conversar con Mariana y Santiago sobre la situación en la que los había encontrado, pero sabía que ese no era el momento apropiado. Tan pronto como el último joven se hubiera trasladado hacia la cabaña, se ocuparía de ellos. Ahora debía actuar rápido, porque el temporal empeoraba a cada instante y había riesgo de que las carpas no lo resistieran. A pesar de que todos los portales meteorológicos consultados antes de iniciar el viaje coincidían en que esa sería una semana soleada, ya hacía un buen rato que una tormenta se había desatado con furia.

La isla en la que acamparían durante cinco días era una reserva ecológica que se hallaba a unos quince kilómetros del punto más cercano del continente, lo que la convertía en el destino ideal de las expediciones didácticas que el colegio

organizaba cada año para los alumnos de cuarto año de liceo. Bastaba con una travesía de poco más de una hora, en una embarcación con motor, para acampar en un punto alejado de la civilización. Un sitio perfecto donde poner en práctica habilidades que los jóvenes no acostumbraban a utilizar con frecuencia.

6 La zona habilitada para *camping* estaba ubicada sobre una playa que descansaba a orillas de una pequeña y tranquila bahía. El resto del perímetro de la isla se encontraba cubierto, en una extensa zona, por acantilados de piedra. A excepción del verano, cuando algunos turistas aventureros se acercaban a sus costas para practicar buceo o *snorkel*, durante el resto del año, debido a la falta de servicios, solían ser muy pocos los visitantes que optaban por acercarse a ese lugar. Los únicos que habitaban en la isla eran el farero, que vivía permanente, y el guardaparques de turno, además de algún invitado que pudieran recibir.

Ximena incluía ese paraíso entre sus lugares favoritos en el mundo. Y tenía con qué comparar, ya que a pesar de sus jóvenes veintiocho años había recorrido varios puntos del planeta. En la isla cobraba vida buena parte de lo que enseñaba en sus clases de Biología. Le entusiasmaba comprobar cómo los estudiantes se sorprendían con las diferentes especies de pájaros y de otros animales que habitaban el bosque. Le parecía importante que, al menos por unos pocos días, se concentraran solo en lo que tenían alrededor y en sus semejantes. El sitio cumplía con el requisito principal para abstraerse al máximo de la vida cotidiana: no contaba con señal de celular. El principal

medio de comunicación con el continente era la radio de la embarcación que los había transportado hasta allí y que permanecía amarrada a un precario muelle a menos de un kilómetro de la zona de *camping*. En el caso de una emergencia, siempre podían recurrir al guardaparques, quien tenía línea directa con la Prefectura. Eso les garantizaba, de ser necesario, la presencia de un helicóptero en un máximo de quince minutos.

Este año la expedición estaba integrada por siete alumnos —cinco chicas y dos chicos— y tres adultos: Marcelo, el profesor de Astronomía; Enrique, el capitán y dueño de la embarcación, además de padre de una exalumna del colegio, y Ximena.

Como se trataba de una actividad opcional se inscribían pocos estudiantes; cada año, menos que el anterior. Ximena se lamentaba de que la mayoría de ellos, por considerarlo aburrido, se privaran de vivir una experiencia que seguramente los marcaría para el resto de sus vidas. Le preocupaba que en un futuro el número de viajeros continuara en descenso. De ser así, seguramente llevaría a que el colegio se planteara cancelar la actividad.

—Vamos a la cabaña, Sofi —la profesora le habló con tono enérgico a una de las alumnas que intentaba dormir dentro de la carpa que había instalado.

La cabaña se ubicaba a unos cincuenta metros de la zona de carpas y solía utilizarse solo como refugio. Parte de la consigna de la expedición consistía en que cada estudiante instalara su propia tienda de dormir sobre la playa. Aunque

los docentes a cargo podían optar por alojarse en la edificación de madera, consideraban imprescindible vivir esos días en las mismas condiciones que sus alumnos.

—¿A la cabaña? —preguntó la muchacha, con extrañeza—. ¿A esta hora?

—Sí, por si las carpas no resisten este viento. De haber sabido que venía una tormenta así, lo habríamos resuelto más temprano. Apresúrate, por favor. Y cúbrete bien con el impermeable.

8 La profesora salió de la tienda de dormir y se dirigió hacia la siguiente; le tocaba el turno a la de Solchi, la más joven del grupo, y la más rara, según la definían sus compañeros. Ximena sentía un aprecio especial por ella, aunque reconocía que la muchacha no hacía el menor esfuerzo por integrarse a sus pares, como si disfrutara más de la soledad que de estar acompañada. Ximena podía comprenderla, porque en eso se parecían. En su adolescencia, a ella la tildaban de antipática, incluso algunos la acusaban de sentirse superior a los demás. Pero lo que en realidad la llevaba a comportarse de ese modo era la timidez. Le costaba mucho relacionarse con sus compañeros. Cada vez que se veía obligada a participar de un grupo, ya fuera para una tarea vinculada al liceo o para dejar contenta a su madre, que no se cansaba de cuestionarla por no tener tantos amigos como los otros jóvenes de su edad, ella lo sufría.

Ximena creía que a Solchi, quizás, le sucedía algo similar. Era una excelente alumna, a la que siempre se la veía sola, concentrada en sí misma, como si el mundo a su alrededor no existiera. Había tratado por todos los medios de

entusiasmarla para que se sumara a la expedición. Estaba segura de que la disfrutaría. Pero más allá de su insistencia, la negativa de la muchacha se mantenía firme.

Entonces Ximena se vio obligada a recurrir a una estrategia que había funcionado más de una vez con ella cuando era chica: habló con los padres de Solchi. De niña, ella odiaba a los que utilizaban ese recurso para forzarla a hacer algo que no quería. Recién ahora que lo veía desde el punto de vista de un adulto los comprendía. Conocía a los padres de Solchi gracias a que el papá de la muchacha era compañero de trabajo de su madre, así que aprovechó el vínculo para contactarlos. Con la mayor reserva, para que la joven no se enterara, se reunió y les planteó lo positivo que sería para su hija que viviera una experiencia como esa. Ambos se mostraron muy receptivos y se comprometieron a interceder. Dos días más tarde, cuando Ximena se enteró de que Solchi se había anotado para participar de la expedición se sintió feliz.

Jamás hubiera imaginado que su felicidad se transformaría en desazón cuando abrió el cierre de la carpa y apuntó con la linterna al sitio en el que la muchacha debía estar acostada. Lo que reveló el haz de luz en el suelo la estremeció.

No había nadie allí.

Lo único que vio fueron unas manchas de color rojo oscuro sobre el saco de dormir. Al primer golpe de vista, Ximena tuvo la impresión de que se trataba de sangre.

Luka se abalanzó sobre la muchacha, desesperado por hacerla callar. Era su única opción para evitar el castigo. No quería ser encerrado en el mismo cuarto húmedo y oscuro al que había sido confinado tantas veces, acompañado solo de sus fantasmas. Si se hubiera marchado antes de que ella lo descubriera escondido detrás de aquel árbol, ahora no se vería obligado a atacarla.

Pero de nada le servía lamentarse.

Había algo especial en la joven, algo que lo obligó a ignorar la voz interior que le suplicaba que se alejara a tiempo.

No era la primera muchacha que visitaba la isla, ni sería la última. Sin embargo, hasta ese día ninguna había ejercido un efecto tan hipnótico sobre él. Y eso que había visto a unas cuantas durante los siete años que llevaba alejado de la civilización. Desde ese entonces, espiar a los visitantes se había convertido en su actividad favorita, puesto que le

alimentaba la fantasía de que algún día podría volver a ser como uno de ellos. Cada vez que llegaba un nuevo grupo, se ilusionaba con encontrar una manera de esconderse en el barco que los llevaba de regreso al continente. Una ilusión que, gracias a su cobardía, se esfumaba tan pronto como la embarcación se alejaba del pequeño muelle.

12 Tenía prohibido acercarse a la playa —algo que ignoraba con frecuencia— o mantener cualquier clase de contacto con los viajeros. Había cumplido esto último a rajatabla hasta esa tarde, cuando la vio caminar descalza sobre la orilla. Su rostro dejaba entrever una expresión tan triste que dolía con solo mirarlo. Daba pasos cortos y mantenía la cabeza gacha, como concentrada en su dolor. A Luka le intrigaba saber qué le causaba ese sufrimiento. Él también sabía lo que era apoyar sus pies descalzos en esa misma arena, con gran desazón. Se preguntaba si sería posible que sus historias se parecieran en algo. Se sentía tentado de acercarse y preguntárselo. Ansiaba recorrer los treinta metros que los separaban y presentarse a su lado.

Jamás habría imaginado que sus deseos se harían realidad un instante después, cuando ella, de improviso, se apartó de la orilla y comenzó a caminar en dirección a los árboles del bosque.

Luka sintió que su corazón daba un brinco.

¿Sería demasiado tarde para alejarse sin llamarle la atención? Por la distancia que los separaba, cualquier movimiento que hiciera seguro lo vería. Aun así, debía correr el riesgo. Quedarse no era una opción. Sin importar lo que sucediera, había decidido marcharse.

Pero lo que él no sabía era que no le alcanzaría solo con tomar la decisión, porque las órdenes de su cerebro iban a estrellarse contra el muro que había construido la rebeldía de su corazón.

Su desesperación por verla de cerca resultó más fuerte que la razón.

No fue capaz de dar ni un paso. Solo atinó a ocultarse lo mejor que pudo detrás del árbol, con la esperanza de pasar desapercibido.

Y quizás hasta lo habría logrado, si no hubiera asomado la cabeza para mirarla.

Fue entonces cuando ella lo vio.

Estaba tan cerca que si estiraba un brazo podría tocarlo. La joven dejó escapar un grito y comenzó a retroceder con expresión de pánico. Tardó dos segundos en dar media vuelta y empezar a correr, los mismos dos segundos que le tomó tropezarse con una raíz y caer al suelo, una vez iniciada la carrera. Luka aprovechó el percance para arrojarse encima antes de que consiguiera incorporarse. No le costó inmovilizarla, era más robusto y mucho más fuerte que ella. Se valió de todo el peso de su cuerpo para sujetarla mientras que con una mano le cubría la boca. Debía impedir que la escucharan desde el campamento.

Ella peleó con todas sus fuerzas, pero fue en vano. No tenía ninguna chance de escapar.

Luka no se dio cuenta de que su mano no solo le cubría la boca sino también la nariz, lo que le impedía respirar. Con el correr de los segundos, los músculos de la chica se

afloraron y dejó de ofrecer resistencia. La falta de oxígeno la hizo perder el sentido.

Al principio creyó que la había matado. Luego comprendió que no, al comprobar que todavía respiraba. Solo se había desmayado. Entonces supo que ese era el momento propicio para deshacerse de ella, antes de que algún otro integrante del grupo saliera a buscarla. No podía permitir que le contara a nadie sobre su existencia.

Pero ¿realmente estaba dispuesto a matarla?

14

Se odiaba solo por planteárselo.

Aborrecía la sensación que le producía quitarle la vida a alguien. La había experimentado por primera vez la noche en que cumplió nueve años.

Solchi tenía once años cuando descubrió que los monstruos no habitaban solo en los cuentos. Lo hizo mientras caminaba de regreso hacia la casa del balneario en el que veraneaba junto con sus padres y sus primos, después de pasar una divertida tarde en la playa. Ella se había adelantado al resto del grupo para ir a colaborar con su padre, que con la excusa de que le apetecía una buena siesta, esa tarde decidió no acompañarlos. Para aplacar las protestas y los lamentos de su esposa e hija, se comprometió a tener pronta una torta para cuando volvieran. Acostumbraba a deleitarlas cada vez que sacaba a relucir sus dotes de pastelero profesional. A Solchi le encantaba cocinar con él, sobre todo cuando se trataba de postres. Aunque ensuciaba más de lo que ayudaba, él la dejaba trabajar a la par; solo le pedía que siguiera al pie de la letra los pasos de la receta. Sus compañeros de la panadería sabían lo exigente y meticuloso que era como maestro panadero. A ellos no les tenía ni la décima parte de la paciencia que a su hija.

Una torta de naranja con cobertura de chocolate, la preferida de la muchacha, fue la prometida para esperarlas.

Imaginaba que Solchi no se perdería la oportunidad de meter mano en la preparación de esa delicia, así que juntó los ingredientes y aguardó a que llegara para empezar a cocinar. El grupo acostumbraba a regresar tras la puesta de sol, cerca de las ocho, por lo que suponía que Solchi lo haría alrededor de las seis o seis y media.

Sin embargo, eso no sucedió.

16 A las siete en punto, ya sin miras de que apareciera, decidió comenzar sin ella. Con seguridad habría elegido quedarse a disfrutar de las olas. Su pasión por el mar era de los pocos intereses capaces de ganarle al placer de acompañarlo en la cocina. No había ningún problema con eso. Si ella estaba feliz, él también. No sería la primera vez que le tocaba cocinar solo.

Recién había encendido el horno cuando Solchi entró a la cocina llorando, con el rostro ensangrentado. No venía sola. Un vecino, que no dejaba de hablar por su celular con el operador de la línea de emergencias, la acompañaba.

Superado el impacto inicial que lo paralizó, el padre se abalanzó sobre su hija y la abrazó con fuerza. Ella no paraba de temblar. Él tampoco, producto de la rabia e impotencia que momentos más tarde derivaron en un deseo atroz de asesinar al desgraciado que la había lastimado.

Esa tarde Solchi no pudo disfrutar de su momento especial en la cocina, porque un hombre que intentó secuestrarla de camino a la casa le quitó esa posibilidad. Lo hizo del mismo modo en que le robó su alegría contagiosa y la frescura de su niñez. Y de no ser por la valentía y la

oportuna reacción del vecino que la escuchó gritar cuando pasaba por allí, quizá también le hubiera quitado la vida.

A Solchi le tomó años cerrar los ojos durante las noches sin que se le apareciera la imagen de aquel individuo miserable.

A excepción de su familia y del terapeuta que la trató, nadie más se enteró de lo que había vivido. No se sentía capaz de hablar de ello.

Con el transcurrir del tiempo, logró convencer a los que la querían de que se había recuperado por completo. Era lo que ellos deseaban. Los atormentaba pensar lo contrario y ella no toleraba que cargaran con algo que les hacía daño.

Pero en su interior vivía con miedo. Temía que le ocurriera lo mismo a la vuelta de cualquier esquina, o por las noches en su dormitorio. El temor siempre estaba ahí, presente, y al igual que el recuerdo, era doloroso.

El día que aceptó el pedido de sus padres para que se inscribiera al paseo no imaginó que, a poco de llegar a la isla, debería enfrentarse otra vez a la peor de sus pesadillas.

Cuando Solchi volvió en sí no podía moverse. Se lo impedía un joven encima de ella, que la observaba con expresión desencajada. Tenía unos enormes ojos negros, con los que le transmitía el miedo que sentía. Llevaba el pelo largo y salvajemente enmarañado, se notaba que hacía mucho tiempo que no lo cortaba o lo peinaba. Algo similar sucedía con la ropa, un poco sucia y rotosa, como si pasara la mayor parte de sus días a la intemperie y solo contara con lo que llevaba puesto.

19

Solchi quiso gritar, pero solo consiguió emitir un gemido débil. Sus intentos por quitárselo de arriba lo único que consiguieron fue una dura advertencia.

—¡No quiero lastimarte! No me obligues.

La frase se parecía a la que le había dicho el hombre que la atacó cuatro años antes. Las imágenes de esa tarde volvían a sucederse en su mente, como si una máquina del tiempo hubiera decidido de forma caprichosa transportarla al pasado.

Solchi ignoró la advertencia. Tenía que escapar a como diera lugar. El joven utilizaba una mano para mantenerle

ambas muñecas sujetas al suelo, por sobre su cabeza, mientras que con la que le quedaba libre le tapaba la boca, esta vez con el cuidado de no cubrirle la nariz. Con el resto del cuerpo ejercía presión sobre sus piernas y abdomen.

Después de varios intentos infructuosos, se sintió exhausta y se rindió.

—¿Suficiente? —la interrogó, cuando notó que dejaba de moverse.

20 Ella asintió con un parpadeo. No podía mover la cabeza ni hablar. Tenía los ojos llorosos.

Él la contempló con incertidumbre. No sabía si se había dado por vencida o en realidad solo lo fingía para que la soltara. Desoyendo a su cerebro, que le gritaba que no lo hiciera, apartó apenas la mano que cubría la boca de la muchacha.

Solchi se apresuró a tomar una bocanada de aire. Estaba a punto de ahogarse.

—Me duele —se quejó.

Él la miró con extrañeza, como si no comprendiera a qué se refería.

—Tus piernas me lastiman —le aclaró.

—Si me hago a un lado vas a intentar escapar.

—Por favor —imploró en un sollozo—. Quiero volver al campamento.

—Shhhh —la miró con expresión de pánico y amagó con apoyarle de nuevo la mano en la boca—. ¡Van a escucharte!

—Déjame ir —volvió a suplicarle.

—No puedo —respondió con voz apesadumbrada.

—No quiero morir —dijo Solchi, entre lágrimas—. Por favor, no me mates.

Como si la última frase lo hubiera abofeteado, abrió los ojos de manera exorbitante y en su rostro se dibujó una mueca de espanto. Parecía un sonámbulo al que habían despertado de golpe. Se quitó rápido de encima de ella y quedó hincado a su lado, con la cabeza gacha.

Solchi se vio sorprendida por el cambio de actitud tan abrupta. No comprendía qué la había ocasionado.

Tampoco le importaba.

21

Solo debía concentrarse en escapar. Y aunque ese parecía ser el momento adecuado, no sabía si podría levantarse de improviso y correr sin que la atrapara. Se sentía fatal y le dolía todo el cuerpo. Seguro que apenas se moviera, él se lanzaría sobre ella.

No quería enfurecerlo y provocar que la agrediera otra vez.

Primero debía mejorar su postura. Estar acostada la dejaba en una situación desventajosa.

Muy despacio, sin movimientos bruscos, se incorporó hasta quedar sentada. Él no se inmutó.

Solchi respiraba agitada. Su pecho subía y bajaba a un ritmo infernal. Necesitaba recuperar el control para poder actuar de manera eficaz y segura. Ningún vecino la salvaría esta vez.

Analizó sus opciones: no estaba en condiciones de pelear, la diferencia física entre ambos era abismal. Tampoco lograría levantarse y correr, porque la alcanzaría en un santiamén. Solo le quedaba gritar. Con algo de suerte, conseguiría que la escucharan desde el campamento. En ese

caso, el problema sería el tiempo que tardaran en acudir en su ayuda. Le preocupaba que llegaran cuando ya no los necesitara.

Ninguna alternativa la convencía.

Ninguna, excepto la que acababa de descubrir a centímetros de su pierna derecha.

—Lo lamento —dijo el joven, sin levantar la vista. Se mantenía recogido sobre sí mismo, en una posición sumisa, desde que la había liberado.

22 Sus palabras la distrajeron por un instante de la gruesa rama que había descubierto muy cerca de su rodilla.

—¿Lo lamentas? Casi me matas —se masajeó el cuello, dolorida.

—Te juro que no quise —aseguró, sin dejar de mirar fijo hacia un punto del terreno.

«Es ahora o nunca», se dijo Solchi. Debía aprovechar que no le prestaba atención, para actuar.

—Perdí el control cuando me descubriste —continuó él—. Tuve miedo de...

El golpe con el garrote improvisado sobre un costado de su cabeza lo derribó. Cayó al suelo, fulminado.

No transcurrió ni un segundo antes de que Solchi soltara la rama y se lanzara en una carrera alocada hacia el campamento.

Una duda a modo de puñal se abrió paso en su conciencia a medida que se alejaba: ¿lo habría matado?

Ya tendría tiempo de preocuparse por eso si conseguía ponerse a resguardo.